

# A CIUDAD DE MEXICO EN 1910



El 10. de Junio de 1911, a las cuatro y veintiséis minutos de la mañana, se sintió en la Ciudad de México y en extensa zona de la República fortísimo temblor de tierra que los expertos calificaron como el de mayor intensidad y duración de cuantos hasta entonces habían sacudido el territorio nacional en muchos años. Algunos edificios sufrieron daños y ocasionaron muchas desgracias. El Cuartel de Artillería, ubicado en San Cosme, se derrumbó y sus escombros sepultaron a la tropa.

A las 12:30 del mismo día hizo su entrada en México el Jefe de la revolución triunfante, D. Francisco I. Madero. *"Entre la presente generación (expresaban los diarios de la fecha) no se tiene memoria de un acontecimiento semejante. No se recuerda haber presenciado entusiasmo popular semejante al que se desbordó por todos los ámbitos de la Capital; la historia de México en sus páginas, no registra recepción hecha a héroe alguno tan espontánea, tan entusiasta, tan significativa como la que el pueblo hizo al Sr. Madero. No hay hipérbole al declarar que más de cien mil personas aclamaron al Jefe de la revolución triunfante durante su tránsito por las calles que recorrió la comitiva, de la estación del ferrocarril al Palacio Nacional. En el balcón principal de Palacio, el Sr. Madero, acompañado del Presidente Interino de la República (con fecha 30 de mayo, la Corte de Justicia había nombrado Presidente para el periodo de un año al Magistrado D. Félix Romero), presenciaban el desfile del pueblo que aclama al Sr. Madero y que después en perfecto orden se retira"*.

El Cronista recuerda ambas cosas: haber salido, bruscamente despierto, en brazos de sus aterrorizados padres cuando a la madrugada todo mundo se echó a la calle en que se abrían horribles grietas, a implorar de rodillas misericordia al Todopoderoso, *"glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gracia"*. Y horas más tarde, pasado el susto, haber trepado en hombros de su papá para contemplar, desde cerca del Caballito, el océano de cabezas con sombrero que vitoreaban al jinete de un caballo blanco que respondía emocionado a los vítores y saludos y avanzaba con lentitud, prácticamente empujado por la masa humana, hacia el Palacio Nacional. Cierto es que el Cronista tenía seis años; no lo es menos que ya se fijaba en todo y lo recordaba.

Pero el año de 1910, y la fisonomía en él de la Ciudad, es el tema del texto que se me ha pedido y que escribo gustoso para el número que la Revista de la Universidad consagra a Madero. Y aunque la triunfal entrada en escena del futuro apóstol corresponde al año de 1911, la ciudad que éste recorrió, desde su llegada por ferrocarril hasta el Palacio Nacional, era una buena parte de la ciudad cuya arquitectura había, en el año del Centenario de la Independencia, o sea en 1910, culminado su lujosa y europeizada modernización.

Poco menos de 40 años atrás: en 1873, fresco aún el cadáver del Benemérito (pues ya sabemos qué cadáver, del de Juárez), el

Presidente D. Sebastián Lerdo de Tejada había inaugurado, con el Ferrocarril Mexicano a Veracruz, la estación ferroviaria al salir de la cual, el primer monumento que habrá visto D. Francisco I. Madero darle la bienvenida era la estatua de Cristóbal Colón, ahí plantada como parte de las celebraciones del 40. Centenario del descubrimiento de América en 1892. Obra de Manuel Vilar, escultor catalán, había sido presentada en yeso a la Academia de San Carlos desde 1858; pero en 1892, la Junta Colombiana decidió hacerla vaciar en bronce y colocarla en Buenavista el 12 de octubre, sobre un pedestal proyecto del Arq. Juan Azea.

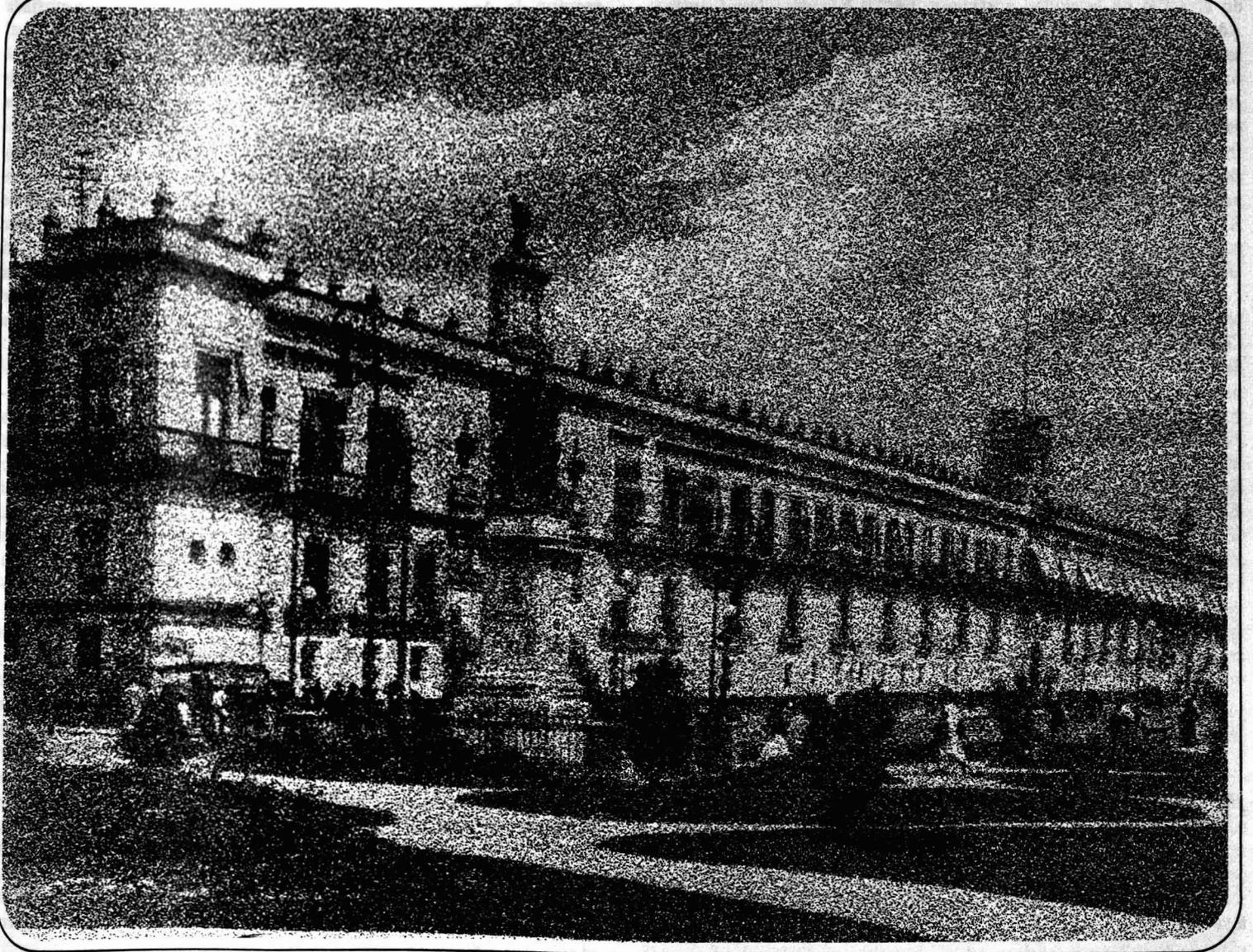
Madero habrá cruzado hacia el Paseo de la Reforma para encontrarse en su camino hacia el Caballito, con todavía otro monumento a Colón: el que en 1877 había regalado a la ciudad el acaudalado D. Antonio Escandón, a quien también debía ésta la Estación de Buenavista. Ya tendría después tiempo D. Francisco, cuando se instalara a vivir en el Castillo de Chapultepec, de contemplar y admirar otros monumentos a lo largo del Paseo de la Reforma y hacia el poniente: el levantado a Cuauhtémoc en 1887, obra de Miguel Noreña; y el monumento o Columna a la Independencia que apenas hacía pocos meses: el 16 de septiembre de 1910, había inaugurado con toda pompa el Presidente D. Porfirio Díaz.

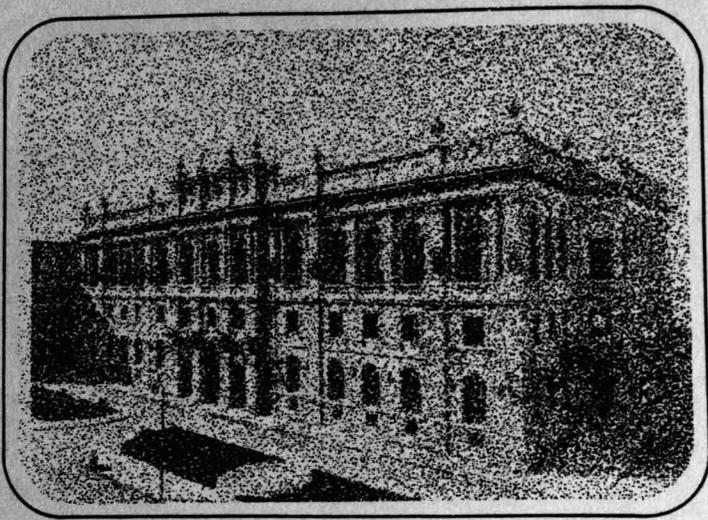
Del Caballito (que no ha cambiado de pesebre desde 1853), la comitiva del Sr. Madero lo condujo sobre un camino que el 19 de junio de 1867 había recorrido en triunfo el Benemérito de las Américas, D. Benito Juárez: o sea, a lo largo de las calles de la Acordada (ya entonces derribada), Corpus Christi, San Francisco y Plateros. No había habido diferencia de itinerario ni de entusiasmo, que en el pueblo suele inflamarse frente a ídolos gustosamente renovados, y que la víspera tributado a Maximiliano, volvió a encenderse frente a Juárez, y en 1911 a los pies del Sr. Madero. Pero sí había habido diferencia: Corpus Christi y todo lo que había recibido distintos nombres desde que el Virrey D. Antonio de Mendoza discurrió que se construyese como calzada de San Francisco hacia el poniente, era ahora la gran Avenida Juárez: y al costado sur de la Alameda: donde había funcionado el kiosko o Pabellón Morisco en que se efectuaban los sorteos de la lotería, se erguían los mármoles majestuosos del Hemiciclo a Juárez, levantado gustosamente por D. Porfirio Díaz e inaugurado con toda solemnidad como número cumbre de las fiestas del Centenario de 1910. Entre estos polos: el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia, oscila desde 1910 la oratoria más elocuente y reiterada, y los homenajes floridos, escolares y convencionales de los ilustres gobiernos de una revolución que hizo en México su entrada triunfal con D. Francisco I. Madero en la fecha arriba citada.

Puede D. Francisco haber mirado de lejos el principio de un esqueleto en que el porfiriato había pensado alojar decorosamente

a un Congreso bochornosamente metido (como hasta la fecha) en un teatro, el Iturbide y aún a veces el Fábregas o Renacimiento. Porque ese esqueleto permaneció ahí años de años hasta que en la imposibilidad, en la inutilidad de dotar de palacio propio a los legisladores, se optó por aprovechar la cúpula, forrarla y llamarle Monumento a la Revolución.

Pudo también, en su camino por la Av. Juárez y cerca ya de San Francisco, mirar a su izquierda cómo llevaba apenas seis meses de empezado a construir un Palacio de Bellas Artes que no vería la suya sino hasta 1934; pero que D. Profirio encargó al Arq. y escultor Adamo Boari construir en reposición del Teatro Nacional que en 1900 había derribado para abrir el último tramo oriente-





poniente de una Av. del 5 de Mayo que había venido creciendo o avanzando muy lentamente.

Y pudo admirar otros dos edificios de que el porfirato se vanagloriaba: uno era el edificio del Correo Central, comenzado en 1902, obra también de Adamo Boari, inaugurado el año de 1907; y el otro era el Palacio de Comunicaciones, obra del también italiano Silvio Contri.

Tres arquitectos extranjeros habían a principios del siglo normado el estilo de la ciudad porfiriana: Emilio Bénard, Silvio Contri y Adamo Boari. Algunos ricos se dieron el lujo de aprovechar los servicios de estos arquitectos para la construcción de sus grandes palacios en el primer tramo del Paseo de la Reforma y en calles entonces aristócratas, como las Artes. Se alzaban orgullosos de su estilo europeo, palacios como el de D. Ignacio de la Torre y Mier frente al Caballito y donde estuvo la Lotería Nacional: y en la Av. Bucareli, en que se acababa de transformar al decretarse su urbanización a fines del siglo el que había sido desde fines del XVIII Paseo de Bucareli, el Palacio Cobián, adquirido por el gobierno de Díaz para establecer la Secretaría de Gobernación, que ahí permanece hasta la fecha.

No dispongo de mucho espacio (ni es la ocasión de hacerlo) para fechar la continuidad de la transformación urbanística de la Ciudad de México, que empezó en realidad desde 1856 por el derribo del Convento de San Francisco y el tasaje liberal y sistemático de los demás, de que sólo se conservan las iglesias; pero cuyos claustros y celdas, o fueron derribados o malbaratados a los listos que los compraron, o convertidos en las vecindades infectas fermentadas durante el porfirato o, en fin, mediante un poco de cirugía albañileril, convertidas en oficinas públicas. Así: debajo de los Tribunales de la calle de Donceles encontramos un Convento de la Enseñanza que había alcanzado a extenderse hasta los locales que después de haber servido a los Ciegos, alojan en la actualidad a los sabios miembros de El Colegio Nacional; así la Escuela de Leyes o Facultad de Jurisprudencia de nuestro siglo (y antes de la mudanza general a Ciudad Universitaria) se asentaba sobre un ángulo del Convento de Santa Catalina de Sena, de que tampoco queda más que la iglesia, ahora protestante, que mira hacia un Convento de la Encarnación convertido en Secretaría de Educación Pública.

Todas estas y otras transformaciones ocurrieron entre los finlaes del siglo XIX y el principio del veinte. La ciudad no crecía mucho, ni en extensión ni en población. Al despuntar el siglo, D. Porfirio había inaugurado un sistema de drenaje y desagüe que comenzado siglos atrás, por fin conjuraba todo peligro hasta para una población de un millón de habitantes, que entonces estaba bien lejos de tener la ciudad. Nuevas colonias, como la Juárez y la Roma, invadían haciendas antiguas y daban crecimiento sur-poniente a la ciudad. Al acercarse el año del Centenario, las obras públicas y las

construcciones privadas se aceleraron para ofrecer a las Misiones Especiales y a los visitantes el aspecto más impresionante de prosperidad nacional, buen gusto, opulencia y refinamiento. Las Misiones Especiales estrenaron deslumbrantes palacios: la Embajada Italiana residió en el palacio de la Torre y Mier: el palacio de la Viuda de Braniff fue sede de la Embajada Japonesa; el de D. Jorge Parada, de la Argentina; el de D. Guillermo de Landa y Escandón (de que se conservan pedazos metidos dentro de tiendas en la esquina de Antonio Caso e Ignacio Ramírez) alojó a la Embajada Española encabezada por el Marqués de Polavieja; y en fin, el palacio Cobián fue asignado a la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. Franceses, chinos, alemanes y otros visitantes ilustres, no la pasaron mal en las residencias que los albergaron.

Pero fuera de esta apantallada en privado, D. Porfirio se soltó inaugurando cosas, calles y monumentos en ocasión del Centenario: la estatua de Humboldt afuera de la Biblioteca Nacional, la de Pasteur en el Paseo de la Reforma, el Reloj Otomano regalado a México, la Av. Isabel la Católica, el Manicomio General de la Castañeda, el Hospicio de Niñas en la calzada de Tlalpan, ahora transformado en Cuartel de las Guardias Presidenciales; la Escuela de la Corregidora y —como al principio dijimos— el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia.

Tal es la historia, a grandes rasgos, de la Ciudad de México que en 1910 vió culminar su escenografía más impresionante o apantalladora, como ahora dicen. La clase media vivía en pequeñas casas solas o en viviendas en que se había escindido alguna residencia mayor, provocando un patio común, y dos alas en alcayata o siete con balconcitos a la calle, tres o cuatro recámaras bordeando el corredor con macetas y jaulas, y al fondo el comedor, la cocina y el baño. No porque ya nos hubieran invadido los muebles de Crane, sino porque en esa habitación funcionaba los sábados una tina portátil para la humidificación familiar, tal como aún podemos verla practicar en ciertas películas del oeste.

Esta clase media se surtía en los mercados de su rumbo o en los estanquillos o recauderías, lecherías o panaderías siempre a mano; y viajaban en tranvía. Los ricos se daban el lujo de poseer carretelas propias y finos troncos de caballos. En cuanto a los pelados, nadie se ocupaba de averiguar dónde ni cómo vivieran o comieran. Solía vérselos embrutecidos a las puertas de las muy decoradas pulquerías. No fue sino hasta después del 20 de noviembre de 1910 cuando esos pelados dieron a los científicos de levita y chistera el susto de aparecérselos con calzón blanco, sombrero de palma y rifle en la mano a hacer trizas las porcelanas y los espejos en las mansiones del Paseo de la Reforma: a sacudir, en fin, como el terremoto del día en que entró Madero en ella, a una ciudad que a partir de entonces empezaría a transformarse en la que hoy habitamos.